

hombres apasionados, se ha creído que el príncipe había cometido mas errores de los que en realidad ha cometido. Un majadero colocado en el Puerto de Santa María hace presumir que en todo lo demás sucedía lo mismo; vos no habeis oido las quejas del partido opuesto, y no habeis visto como nosotros aquí, las respuestas de todos los gobiernos de las plazas, que unánimes dicen que se rendirian, pero que no lo harán, porque saben que al dejar las armas serian presos y asesinados por órden de la regencia. Vos no habeis visto los informes relativos á las crueldades del cura Merino y de los demás jefes realistas, y por consiguiente no habeis estado en el caso de juzgar del efecto que estos informes presentados tal vez en un espíritu poco benévolo, han podido producir en el príncipe generalísimo; una sola órden desagradable ha parecido, en mi concepto, un contrapeso demasiado grande á los sacrificios de la Francia y á las verdaderas virtudes del príncipe. Calificase hoy fácilmente de ineptos, incapaces y estúpidos á los gobiernos; pero tal vez, en último resultado, se verá que un gobierno que ha procurado conciliar á los hombres que se han opuesto á todas las medidas arbitrarias, que en todas partes ha arrancado víctimas á la muerte, sin distincion de partido, y que, no obstante, mientras se le acusaba de debilidad, no se ha prestado á concesion alguna política; tal vez, repito, se verá que este gobierno ha empleado con bastante buena fortuna la moderacion y la firmeza.

Como quiera que sea, toda esta larga charlatanería ha terminado. Si se restablece á Fernando en su trono, quedareis encargado de una legacion ordinaria, si la empresa de Cádiz se malogra, os transmitiré las órdenes del rey, y tomaremos consejo de los acontecimientos.

Nada mas sé de la órden, sino que en el cuartel general se ha mandado ejecutarla con toda la prudencia y toda la blandura posibles.

CHATEAUBRIAND.

M. Rayneval á M. de Chateaubriand.

Berlin 30 de agosto de 1825.

Señor vizconde:

Debo al correo prusiano que sale á hora fija, el poder acusaros sin retraso el recibo de vuestra carta del 23, que ayer llegó á mis manos. No he tenido la misma suerte respecto de la del 14, pues no se ha presentado ocasion alguna desde que la he recibido. Debo dar nuevas gracias á V. E. por el solícito cuidado con que me informa de todos los acontecimientos, y ofrece un alimento sustancial á mis conversaciones con M. de Bernstorff, que sin esto se parecerian algo á un monólogo. Mis últimos despachos han puesto en conocimiento de V. E. con cuánta satisfaccion se habría recibido aquí la noticia de la sumision de Cádiz. Hoy se advierte un poco de impaciencia, aunque mezclada con mucha confianza. Hablándome ayer M. de Bernstorff de los despachos que acababa de recibir, me dijo que todo marchaba perfectamente, y que los pormenores que recibia elevaban al mas alto grado sus esperanzas. Habiendo recaído la conversacion sobre los resultados de la expedicion de España, tan rápidamente conducida como hasta hoy lo ha sido, y tan felizmente terminada como la prevenimos, ha contado en el número de aquellos de que no debemos ser los únicos en felicitarnos, la *resurreccion política de la Francia*: esta es la frase de que se ha servido. Y ha añadido, señor vizconde, que á vos principalmente y á la energia de vuestros consejos, debia el verse colocada de nuevo entre las potencias en el rango que era tan necesario que ocupase.

Los informes de M. Royer, recibidos ayer, hablan de la funesta desavenencia que ha surgido entre el

duque de Angulema y la regencia, con motivo de las prisiones arbitrarias que se habian verificado. En vista de la impresion, que á mi parecer, ha recibido M. de Bernstorff de todo este negocio, he podido juzgar que M. Royer habia merecido completamente los elogios que V. E. le da, y que he tenido buen cuidado de repetir. M. de Bernstorff cree que la viveza que en estas circunstancias ha mostrado S. A. R., lejos de producir un mal resultado para lo sucesivo, servirá para mantener á la regencia dentro de justos límites, haciéndole de paso conocer las consideraciones que debe guardar al gobierno á que debe su existencia, y al príncipe sin cuyo apoyo nada puede.

He enviado á M. de la Ferronnais por estafeta, y á M. de Rumigny por el correo, las cartas que V. E. me habia dirigido para ellos.

Os ruego acepteis, señor vizconde, la seguridad de mi entero afecto, y la de la alta consideracion con que tengo el honor de ser de V. E. el muy humilde y muy obediente servidor.

RAYNEVAL.

M. de Chateaubriand, al general Guilleminot.

París 31 de agosto de 1825.

He recibido, general, la carta que me habeis hecho el honor de escribirme, fechada en el Puerto de Santa María el 21 de este mes. Esperaba la respuesta negativa del rey de España, ó por mejor decir, de sus carceleros, pues siempre he creído que solo se cedería á las balas y las bombas. Si podeis alcanzar al enemigo, y llegar al cuerpo de la plaza, habremos ganado la partida; pero cómo alcanzar al enemigo? No tengo mucha confianza en el bombardeo por mar, si no sois dueño de la isla de Leon. Cuando hayais tomado el Trocadero y el Matagorda, se asegura que os será fácil hacer callar el fuego de Portales, situado en la extremidad, enfrente de Matagorda, y por consiguiente el hacer un desembarco en este punto, ocupado con seis mil hombres, y separar de este modo la isla de Leon, de Cádiz, de que en tal caso seria fácil apoderarse. Dícese tambien que seria fácil verificar un desembarco en la isla, por el lado de la pleamar. ¿No podrías hacer llegar los cañones hallados en Algeciras? Todo lo que en mi departamento me ha sido posible hacer, ha sido hacer escribir á M. de Lesseps, nuestro cónsul en Lisboa, mucho antes que se pensase en conseguir nada de Portugal, que os enviase por mi propia cuenta bombas, municiones, etc. Os repito, general, todas mis cavilaciones militares, pero continuo convencido, tal vez equivocadamente, de que nada puede hacerse con seguridad sino se ocupa un punto en la isla de Leon; y creo que con soldados franceses. Inspirados por la presencia de monseñor el duque de Angulema, nada es imposible.

No os intimide general, la intervencion inglesa; creedme: no tendrá lugar. Esto es un medio de que los agitadores se sirven para infundir paciencia á su partido. Tengo datos positivos acerca de la neutralidad inglesa; la Inglaterra no nos es favorable, pero nunca intervendrá, mientras estemos unidos á los españoles: esta es nuestra gran salvaguardia.

La escuadrilla que estaba á la vista de la Coruña, debe haber llegado ya á Cádiz, y habrá podido llevar los cañones de aquella plaza; así lo he dicho, y hubiera querido se hubiesen dado las órdenes oportunas. Si no se ha pensado en ello, ¿no podrías enviar uno ó dos buques de vuestra escuadra en busca de esos cañones?

Acabo de advertir, general, que habia empezado mal esta carta, pero no tengo tiempo para volver á escribirla.

Creed, general, en mi sincero afecto,

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Atenuad hasta donde os sea posible, la ejecucion de la órden tan generosa de Andújar, pero de la cual nuestros enemigos han estado á punto de sacar el mayor partido contra nosotros. Nada podemos hacer sin nuestra union con la poblacion realista, á pesar de todas sus violencias: este es un mal que es preciso sufrir.

Vuelvo á abrir mi carta, para deciros que acabo de leer la del rey de España, que es una prueba evidente de su esclavitud. Grande debe ser su desgracia para haber copiado semejante carta, porque no puede ser suya. No creais una palabra de cuanto se dice de las negociaciones con la Inglaterra. La prueba de la mentira es adjunta, porque esa carta dice que solicitamos tambien la intervencion inglesa, y sabido es que hemos rechazado tres veces la mediacion de la Gran Bretaña. Insisto acerca de esto, porque veo que esta es una idea falsa que domina en el cuartel general. Repito que mientras esteis bien con la Rusia, nada debeis temer de los ingleses. Se hace tambien decir al rey que estará *expuesto*, pero esto es un ardid destinado á hacer efecto sobre el corazon de monseñor el duque de Angulema; es una desgracia el tener que bombardear á Cádiz, pero es una desgracia inevitable, porque si dicha plaza no se rinde, la monarquía francesa está en peligro. No es posible retroceder en esta cuestion, puesto que se trata de nuestra existencia; así, pues, ni las dificultades, ni el invierno, ni los peligros, deben detenernos. De tomar ó no tomar á Cádiz depende el que seamos la primera ó la última potencia de Europa. Acabo de conseguir que expidan órdenes á la Coruña y á Rochefort, para que se os envíen cañones, etc., aunque lleguen demasiado tarde.

¿No creéis que es tiempo de formar sitios en Cataluña? No se han tomado aun allí los trenes suficientes. La caída de Barcelona acarrearía la de Cádiz. Por lo demás, Milans está encerrado y acosado en Tarragona, y no queda un solo ejército constitucional en toda la península, á no ser algunas partidas que vagan por la Estremadura.

M. de Chateaubriand, al príncipe de Polignac.

París 1.º de setiembre de 1825.

Os envío, noble príncipe, la copia de la carta de monseñor el duque de Angulema, y de la respuesta de Fernando que es únicamente para vos. Nosotros no debemos dar á conocer sino á pesar nuestro y lo mas tarde posible, si no podemos evitar su publicacion, este documento de la vergüenza y de la esclavitud del rey de España. La carta original está escrita *por la misma mano* de este desgraciado monarca: así es que declara que es *libre* seis semanas despues de haber protestado en Sevilla contra la violencia que se le hacia, y despues de haber sido declarado demente é incapaz de la soberanía. Advertireis la mentira relativa á la mediacion de Inglaterra; mentira evidente, puesto que es notorio que, lejos de pedir estas mediaciones en nuestro apoyo, las hemos rechazado formalmente. La carta de monseñor es digna y sencilla, y ya veis que ninguna concesion se hace en ella á los *Comuneros*. Participareis á vuestros colegas de Austria, Prusia y Rusia, este *hecho*, y les direis que monseñor el duque de Angulema habia propuesto al rey Fernando publicar una amnistía cuando se viese libre, y convocar las antiguas córtes para poner órden en los negocios del reino, y que Fernando se ha visto precisado á copiar, bajo el puñal de los asesinos, una respuesta que no queremos publicar por honor de las monarquías. Direis tambien á M. Canning, si os habla de esto, que no ha sido posible entablar negociacion alguna, y que vamos á tomar por la fuerza lo que no se

quiere darnos de buen grado; pero no le dejareis ignorar que los jacobinos de Cádiz se jactan en su carta de hallarse en negociaciones con la Inglaterra. Por lo demás, para algo sirve la desgracia; mejor es tomar á Cádiz con bombas que con cartas, porque de esta manera no nos veremos en la necesidad de hacer concesiones. En este momento el Trocadero debe haber caído en nuestro poder, lo cual es tener abierto el camino de la isla de Leon. Si podemos conseguir desembarcar y tomar posiciones en esta isla, Cádiz no puede resistirse ocho dias. Hemos recibido la noticia de la llegada de Hyde á Lisboa. Escríble de mi parte, diciéndole que envíe todo lo que pueda en municiones de guerra, lanchas cañoneras, bombardas, al puerto de Cádiz, etc.

CHATEAUBRIAND.

M. de la Ferronnais á M. de Chateaubriand.

San Petersburgo 4 de setiembre de 1825.

Al dar cuenta en mi despacho de este día de mi conversacion con el emperador, he creído, señor vizconde, que debia reservar para una carta mas confidencial lo mas notable de esta conversacion.

Hé aquí, pues, lo que el emperador me ha dicho: «Os quejais de la desconfianza de que sois objeto. Quisiérais que sin exámen, sin conocer vuestras intenciones y sin tener el derecho de darles consejos, los aliados accediesen á ciegas á todo lo que os parece conveniente; en una palabra, quereis no servir otros intereses que los de la Francia, no consultar sino sus ventajas, y que la Alianza no sea para vos otra cosa que un auxiliar sin mas accion y direccion que la que os plazca imprimirle: esto es exigir demasiado, y la Francia no ha dado aun á la Europa las garantías que esta necesita para dejarse conducir por ella. Es cosa fuera de duda que en esta gran empresa cuyos gastos soportais y cuyos primeros peligros correis, debiamos dejaros una plena y entera libertad de accion, y me he opuesto constantemente á todas las medidas que hubieran podido entorpecerla; he comprendido igualmente las consideraciones que debeis al orgullo nacional, y no me he resentido en vista del silencio que se ha guardado respecto de los aliados. Vamos, mi querido general, pongamos los puntos sobre la *i*, y hablemos con entera franqueza; las últimas explicaciones, cuando se trata de entenderse, de nada sirven. La guerra de España, que vuestra propia seguridad hacia indispensable y que era necesaria al reposo de Europa, se hace contra la voluntad del presidente del consejo.

M. de Villele es un excelente ministro de Hacienda ó del Interior; está dotado de un claro talento, y goza en la cámara de los Diputados de una superioridad indisputable.

No hago á M. de Villele la injuria de creer que no participa de los sentimientos y de la alegría que vuestros triunfos en España infunden á todos los buenos franceses; pero la esperaza que ha conservado siempre de terminar esta guerra por medio de algunas transacciones ó arreglos con los revolucionarios hace que nunca la haya apoyado con los medios y la energia que seguramente hubiera desplegado si la hubiese hecho por convencimiento de su utilidad, y no compelido á ello. Si hubiera estado tan persuadido como parece estarlo M. de Chateaubriand, de que era indispensable una victoria entera y completa, y que el mas pequeño contratiempo podia acarrear la ruina de la Francia, hubiera comprendido cuán ventajoso era para esta el poder, sin que nadie tuviese el derecho de manifestar por ello inquietudes, poner en pié de guerra su ejército, y especialmente su marina, que podia y debia hacer os mucho mayores servicios; vuestras tropas hacen milagros, pero son débiles en nú-

mero en todas partes; vuestros bloqueos son insuficientes, y si teneis la desgracia de experimentar algunos reveses, ignoro qué es lo que podrá consolar á los que no han querido comprender que multiplicando los medios y dando grandes golpes, se disminuían los peligros de la empresa, se aseguraba su buen éxito y se duplicaba el brillo del papel que la Francia representa (1). M... de Chateaubriand, ha mostrado desde que está en el ministerio, una energía y una habilidad que legitiman sus derechos á nuestra confianza, y que le elevan al primer rango de los hombres de Estado; pero nadie le secunda.



CASIMIRO FERIER.

cion, que quizás no bastará para destruir vuestras prevenciones contra las miras que suponeis en algunas personas; pero que por lo menos os hace conocer las razones que pueden algunas veces y hasta cierto punto hacerme participar de las alarmas que os apesadumbran. Creed, sin embargo, que conozco á fondo los inconvenientes que podrian resultar de una falta de acuerdo entre nosotros, para no hacer todo lo posible á fin de evitar hasta la apariencia de una excision, y hallareis á Pozzo dispuesto siempre á apoyaros con todo su poder. Precisa seria la realizacion de algunos de los temores que os he manifestado para cambiar mis disposiciones y mi conducta.»

Prescindiendo de las prevenciones de S. M. I., es difícil, señor vizconde, no suponer en quien en estos términos se explica un fondo real de interés y de parcialidad por la Francia.

Me he limitado á responder al emperador que no

(1) Esto es despacharse á su gusto: ¿nos habian dejado los extranjeros el medio de formar un gran ejército? Aquí el emperador nos echa en cara el mismo mal que sus aliados nos habian hecho; pero se engaña, y nuestro pequeño ejército fue suficiente para entrar en Cádiz, donde yo me prometia aumentarlo para ir á otra parte.

»Hé aquí, querido general, lo que explica y lo que puede justificar la desconfianza de que os quejais. Garantizadnos la continuacion de M. de Chateaubriand en el ministerio, y la duracion de su influencia, y entonces vereis desaparecer todas las inquietudes. Pero como no podemos ocultarnos que bastaria tal vez una sola mala noticia de España para cambiar la situacion de este ministro, y hacer tomar resoluciones que podrian obligarle á retirarse.

»Ya veis, mi querido general, hasta dónde llega la confianza que tengo en vos; á la estimacion que á vuestro carácter profeso, debeis esta larga explica-

cion, que quizás no bastará para destruir vuestras prevenciones contra las miras que suponeis en algunas personas; pero que por lo menos os hace conocer las razones que pueden algunas veces y hasta cierto punto hacerme participar de las alarmas que os apesadumbran. Creed, sin embargo, que conozco á fondo los inconvenientes que podrian resultar de una falta de acuerdo entre nosotros, para no hacer todo lo posible á fin de evitar hasta la apariencia de una excision, y hallareis á Pozzo dispuesto siempre á apoyaros con todo su poder. Precisa seria la realizacion de algunos de los temores que os he manifestado para cambiar mis disposiciones y mi conducta.»

podia menos de sentir vivamente verle insistir en conservar contra el presidente del consejo, prevenciones tan poco fundadas y que podian producir tan graves inconvenientes; que era posible que antes de emprender la guerra, M. de Vellele, preocupado como se estaba en la misma Viena y en Berlin, con la idea de los peligros con que podia amenazar á Europa, hubiese hecho é intentado todo para impedirlo; pero que, una vez resuelta, seria injusto acusarle de no haberla sostenido con energía y por todos los medios posibles, sin perder, no obstante, de vista aquellos que podian abreviar su duracion; que rogaba al emperador observase que en un gobierno representativo era poco menos que imposible suponer, en el momento de tan grave crisis, una division de opiniones en el consejo; pero que admitiendo la posibilidad de esta disidencia, era servir mal la causa que se quiere sostener, el manifestarnos una desconfianza que podia dar á M. de Vellele el derecho y hasta el deber de no aconsejarse sino de sí mismo; y en fin, que la manifestacion de la opinion que el emperador acababa de darme á conocer, no podia dejar de ser perjudicial á los intereses de que se constituia defensor, y por los cuales combatiamos hoy con tanta franqueza como

energía. No sé si este sencillísimo racionio ha producido algun efecto en el ánimo de emperador; pero despues de haberme mirado algun tiempo en silencio, me dijo: «Teneis razon; asi es que solo á vos comunico mis reflexiones; no hubiera sido conveniente dejar traslucir la duda.» La conversacion continuó, pues, y terminó como veis por mi despacho, tan bien como yo podia desearlo.

El conde de Nesselrode parece no dudar de la excelente noticia (*era prematura*), que acabamos de recibir; y con este motivo se explicó de una manera que no me dejó la menor duda de la satisfaccion que le causa. Quisiera poder atreverme á estampar aquí todo lo que en estas circunstancias oigo repetir. Si en tales momentos un alma como la vuestra pudiese

ser accesible á los gozes del amor propio, en verdad que nada tendrais que desear. Por lo que á mi respecta, señor vizconde, me faltan palabras para expresar lo que experimento. Es preciso conocer los disgustos que he sufrido desde que estoy aquí, para comprender la sensacion que me hace experimentar la exaltacion con que oigo hablar hoy de los franceses, de la Francia y de los que la gobiernan. No obstante, señor vizconde, cuanto mas viva es esta sensacion, mas obligado me he creido á reconcentrarla en mi pecho; hasta que haya recibido la confirmacion oficial de este gran suceso, he creido debia aparentar que todavia no le daba entero crédito. Un desengaño me colocaria en una posicion por demás desairada.

Parece que el rey ha hablado al conde de Nessel-



CHAUVEAU-LAGARDE.

rode de su conversacion conmigo, y que este, mas justo que su amo, siente que se haya hablado con injusticia de M. Vellele. Hablándome ayer de la libertad del rey, que él llamaba *el fin del fin*, me decia: Lo que causará un especial placer al emperador, al saber esta gran noticia, es que verá en ella una seguridad de una union aun mas íntima entre MM. de Vellele y de Chateaubriand, y que importa á la tranquilidad de la Francia, y por consiguiente á la de Europa que hombres tan leales y tan bien intencionados y dotados de tan gran talento, no se desunan jamás.

LA FERRONAIS.

M. de Chateaubriand á M. de Serre.

Paris 5 de setiembre de 1823.

Conozco perfectamente, señor conde, la difícil posicion en que os coloca la mezquindad del gobierno. Recibo reclamaciones por todos lados. No es posible hacer comprender la verdad á la cámara: esta cree

de su deber negar algunos miles de francos por lo que aumentaria nuestro brillo en el extranjero, y votará millares para gastos cuando menos inútiles. M. de Serre decia que «la Francia, en cierta época de nuestra historia, se gobernaba como un gran feudo.» hoy se gobierna como una gran bolsa. Miro á los hombres que dependen de mi ministerio y que tan bien secundan mis trabajos, como si fuesen ministros, y yo solo reclamo el honor de ser su colega, juzgad si padeceré al ver que no puedo auxiliarles.

Os aseguro que con el mayor gusto cambiaria con vos de posicion; os abandonaria los espectáculos de la corte é iria á ver de nuevo las barcas pescadoras que teneis á la vista. En el caso de que algun asunto venga á ausentar el disgusto de que soy naturalmente objeto, y se me destituye, iré á buscaros á vuestra hermosa playa. Ansío el sol y el retiro como la gata convertida en mujer corria tras los ratones. Estas son mis debilidades, caballero; os las confío, y espero las ocultareis; este es mi secreto diplomático. De paso os ruego procureis que vuestro rey se contente con Caserta y renuncie á la regencia de Espa-

ña. Un hombre como vos comprende todo y me excusareis.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand al general Guillemiot.

París 5 de setiembre de 1825.

No puedo, general, dejar de escribiros otra vez en estos decisivos momentos. Cuando recibais mi carta sereis sin duda dueños del Trocadero, y estareis dispuesto a atacar á Cadiz ó la isla de Leon, ó los dos á la vez, á juicio del ilustre príncipe que acudilla el ejército. Ya sabeis, general, que esta ha sido á principios de la guerra mi opinion, y debo repetiros las razones en que me fundo.

He consultado aquí á muchos militares franceses y extranjeros de los cuales algunos sirvieron á las órdenes del mariscal Victor en el bloqueo de Cadiz, y otros contra este mariscal en el mismo bloqueo: así, pues, los unos conocen perfectamente los medios de ataque, y los otros los medios de defensa. Todos convienen en decir que en la época del primer bloqueo, la isla de Leon estaba defendida por un ejército de veinte y cinco á treinta mil ingleses, portugueses y españoles; que estaba guarnecida por una artillería formidable traída de Gibraltar; que una escuadra de treinta buques de línea é innumerables lanchas cañoneras, defendían su entrada por el lado del mar, y que, á pesar de todo esto, los franceses estaban á punto de apoderarse de ella, pasando durante la noche embarcados desde el fuerte de Matagorda al de Puntales, cuando Bonaparte llamó á las dos terceras partes de las tropas para marchar contra el duque de Wellington.

Hoy, la posicion es inversa. La isla de Leon y el Trocadero solo estan defendidos por siete ú ocho mil hombres de malas tropas, que hemos batido en todas partes en la proporcion de diez á uno; que ademas estan desmoralizadas por la capitulacion de Morillo y Ballesteros, y divididas en dos partidos, los milicianos nacionales y las tropas de línea; ademas los ingleses dicen que han retirado y llevádose la mayor parte de la artillería que protegía los diferentes puertos, y que, exceptuando algunos puntos, los reducidos interiores y la mayor parte de las obras estan casi sin defensa; y debemos creer á los ingleses, porque no desean nuestra victoria.

Finalmente, el mar es nuestro; las cincuenta lanchas cañoneras españolas, que os han molestado mucho para la toma del Trocadero, se hallan en la imposibilidad de hostilizaros, á consecuencia de la toma de este reducido; y digan lo que quieran algunos oficiales de marina, nuestros buques pueden protegeros muy bien con su fuego, para practicar un desembarco, cuando os hayais posesionado del Trocadero y de Matagorda. Es verdad que se verán precisados á sufrir el fuego de las obras enemigas de la orilla opuesta; pero lo cierto es que los buques ingleses iban todos los dias á atacar á Matagorda, cuando los franceses eran en la primera invasion, dueños de este fuerte, y que las naves francesas podran hoy cañonear á Puntales, cuando ocupéis á Matagorda.

Asegúrase, pues, que es posible verificar un desembarco en Puntales, cuando hayais hecho callar el fuego de este fuerte, tomar posiciones en él y separar de este modo á Cadiz de la isla de Leon. Supongo que esta operacion será combinada con algun otro desembarco, verdadero ó simulado, en la orilla meridional de la isla, y el bombardeo de Cadiz, aun por vuestros bombardas, por pequeño que sea su número. Os diré, general, que tengo la íntima conviccion de que hallareis mucha menos resistencia de la que imagináis. Nunca los españoles han podido resistiros un momento

cuando los habeis alcanzado (*), y probablemente vereis que las tropas de línea se os unen en parte en la isla de Leon, no bien hayais pisado sus orillas.

Íntil es que os diga que la ocupacion de un punto importante en la isla de Leon, ocasionará la caída de Cadiz, aun cuando esta ciudad no abriese sus puertas y no fuese vuestro ánimo destruirla con un bombardeo verificado desde la extremidad de la calzada mas arriba de Puntales; es evidente que en tal caso sucumbirá en poco tiempo por hambre. El bloqueo por tierra de la isla de Leon supliría la incertidumbre del bloqueo por mar, y sentireis menos la insuficiencia de vuestra marina.

Pero á propósito de estos buques, quiero deciros algunas palabras relativamente al equinoccio. Parece, segun todo lo que de este se dice, que es un término fatal, una época fija é inevitable en la que no se debe esperar sino desgracias. Los ingleses han bloqueado por espacio de tres años la bahía de Cadiz, en invierno y en verano, sin perder nunca de vista la tierra. Por lo regular se experimenta una tempestad en los primeros dias de octubre, pasados los cuales el tiempo es hermoso hasta principios de diciembre. Diciembre y enero son bastante tempestuosos, pero febrero es, por lo general, admirable, y los vientos de marzo solo duran ocho dias. Yo he navegado en esos mares, y no es á mí á quien deben referirse los cuentos terribles del equinoccio.

Ahora, general, debo llamar vuestra atencion acerca de lo que sucedería en el caso de que abandonáramos á Cadiz. La Francia, que vuelve á colocarse en estos momentos en el primer puesto militar en Europa, volvería á caer, si tal ocurriese, en el último. El partido jacobino se reanimaría en España y volvería á levantar su cabeza en Francia. La Inglaterra atizaría el fuego de la discordia, se declararía tal vez, y los aliados, ó nos retirarian su apoyo moral, que nos ha servido para neutralizar la accion de Inglaterra, ó nos ofrecerian su apoyo físico, que no podríamos admitir sin deshonrar para siempre nuestras armas y sin perder nuestra independencia. Las consecuencias de un paso retrógrado son tan terribles en los asuntos de España, que afectarían la legitimidad y la corona de los Borbones. Es preciso penetrarse bien de esta verdad. Ocurriría una catástrofe en la bolsa, y esta catástrofe sola nos pondría en el mas inminente peligro. Necesario sería un volumen para esplanar los males que nos resultarían de una retirada de Cadiz. Por esta misma razon, general, sean cuales fueren los justos motivos de descontento que monseñor pueda tener de Madrid, la política nos obliga á ocupar dicha ciudad. Es preciso solamente aumentar la guarnicion tal vez con la division del general Bourke, pero dejando siempre una guarnicion bastante fuerte en la Coruña, á causa de los ingleses, que hacen entrar todo por este puerto. De nuevo os pido, general, que atenuéis y suaviceis las medidas de orden interior. Disimulad las injurias, encerrad en el fondo de vuestro corazon el desprecio. Pensad que en la cuestion de España todo debe ser astucia, temporizacion y habilidad. Colocados entre dos partidos violentos, que solo respiran venganza, no podemos cambiar sus pasiones ni iluminar su espíritu. No armemos la masa contra la masa; y cuando es sanguinaria y vengativa, aplacemos para despues de nuestro triunfo el decirse lo que sentimos respecto de ella. ¿Qué importan hoy á la gloria de monseñor y á la de su valiente ejército, los ultrajes de algunos insensatos, las intrigas de algunos ambiciosos y las maquinaciones de algunos enemigos? Libremos al rey y abandonemos para siempre esa España,

(* Solo un patriotismo fanático y de mala ley pudo inducir al autor á negar á los españoles la virtud del valor, que no han osado negarles ni aun sus mas encarnizados enemigos. (N. del T.)

en cuyo suelo habremos recobrado nuestra independencia como nacion, nuestra gloria como guerreros y nuestra seguridad como sociedad política. Monseñor volverá con una alta reputacion, y todos aquellos que le hayan servido en esta asombrosa empresa, en que habrán muerto de un solo golpe dos revoluciones á la vez, hallarán la gloria y la recompensa debidas á su valor y sus trabajos.

No penseis, pues, general sino en coronar la obra con un fin digno del principio, y por una de esas atrevidas empresas tan naturales en los franceses, y que tan bien se adaptan al carácter de su valor. No sé en qué consiste; pero es lo cierto que un desembarco de tropas casi nunca ha tenido mal éxito en ningun pueblo y en ningun país.

Sabeis, general, cuanta es la consideracion que os profeso.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Polignac.

París 11 de setiembre de 1825.

Desde la brillante accion del Trocadero, nada nuevo ha ocurrido. El 8 ó el 10 ha debido ser atacada la isla de Leon, por cuya razon no podemos tener ninguna noticia importante antes del 17, lo mas pronto, a no ser que sea la misma capitulacion de Cadiz; pero los defensores de esta plaza no hablarán de negociaciones antes de un segundo ataque.

Hé aquí un hecho bastante notable, por parte del Austria, que ayer me ha comunicado M. de Caraman; el emperador de Rusia, antes de trasladarse á la Besarabia, ha pedido una cita al emperador de Austria. El príncipe de Metternich dice que le contraria mucho esta proposicion, que será objeto de muchos comentarios; pero dice al mismo tiempo que se propone sacar partido de ella para intimidar á la Puerta y obligarla á allanar las diferencias que permitirían á la Rusia retirar su embajador de Constantinopla. La entrevista de ambos emperadores debe celebrarse el 6 de octubre; supongo que el príncipe de Metternich, á pesar de su sorpresa está en el fondo de este embolismo. Como quiera que sea, despues de la guerra de España los asuntos de Oriente adquiriran gravedad, y es preciso prepararse para esta cuestion. Voy á dar algunos pasos acerca del particular en Viena, y á preguntar por qué se trata del Oriente sin contar con nosotros. Cuando M. Canning ó el encargado de negocios de Austria os hablen de esto, manifestareis tambien vuestra sorpresa y hareis observar que cuando damos parte á nuestros aliados de nuestros proyectos y de nuestra política, tenemos algun derecho á que se nostrate con la misma confianza.

Los cardenales están encerrados en cóncave; esto puede marchar aprisa y no dejar á nuestros cardenales el tiempo de llegar. Estamos entre los *negros* y los *rojos*. Los *negros* serian mas seguros para nosotros, bajo el punto de vista de los principios; pero presentarían algunos inconvenientes por el exceso de su celo.

Enteramente vuestro, noble príncipe,

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 11 de setiembre de 1825.

Voy á deciros algunas palabras, mi querido amigo. Os aseguro que me alegro especialmente por vos al ver despejarse el horizonte político de España. Sin embargo, no cantemos victoria. La veleidosa fortuna me infunde un miedo horroroso. He visto á nuestros amigos, y les he encontrado afligidos por la frialdad que creían mediaba en nuestras relaciones. Les he dicho que nunca podía haber entre nosotros dos, disenti-

miento alguno duradero; que nos habíamos embrollado un poco, pero que todo había concluido.

Soy enteramente vuestro, mi querido amigo. Por aquí no ocurre novedad particular. Los cardenales están en cóncave; quieren caminar de prisa, y el Austria se agita mucho.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Os ruego digais á M. el nuncio y al abate Casson que el rey me encarga darles sus sinceras gracias por las pruebas que le han dado sus sentimientos el dia de San Luis. S. M. las ha agradecido en extremo.

He recibido esta mañana vuestro número ocho con fecha del 6.

El conde de Guillemiot á M. de Chateaubriand.

Puerto de Santa María 11 de setiembre de 1825.

Monseñor:

Contestó á toda prisa á vuestras cartas del 31 de agosto y 3 de setiembre. Vuestros deseos han sido adivinados: dos circulares á los generales han modificado la órden de Andújar. La circunscripcion, muy recomendada en la aplicacion, acabará de atenuar su efecto. Pero en nombre de Dios os pido que hagais que la regencia tenga una conducta á la vez mas prudente y mas firme.

Si, como V. E. me lo asegura en su primera carta, los ingleses no intervienen en Cadiz, no dudo que nuestras operaciones delante de esta plaza conducirán á un ventajoso resultado.

La flotilla de la Coruña se ha reunido con la escuadra. Sacamos partido de sus tripulaciones y de su artillería para nuestras cañoneras y nuestras baterías.

Gracias á V. E., el Portugal nos ha ayudado aunque muy poco, pues este país está completamente exhausto de recursos marítimos.

Por lo que respecta á vuestro grande y único negocio, mi confianza en el buen éxito no necesita corroboracion. Estoy tan convencido como V. E. de nuestra superioridad sobre el enemigo.

Dueños ya del Trocadero, he creído tambien como V. E. que debíamos verificar nuestro ataque por Puntales. Estableciéndonos en el arrabal situado á su espalda y en la Cortadura, impediremos por una parte las salidas de la plaza y obligaremos por otra á todos los defensores de la isla de Leon á capitular: esta operacion nos llevaría mas directa y prontamente al fin de nuestros planes.

Nuestra marina está mas de acuerdo con nosotros, en cuanto á la posibilidad de un desembarco en la costa del gran mar, entre Sancti-Petri y Torregorda. Pero es una condicion necesaria la rendicion del fuerte de Sancti-Petri, que cruza sus fuegos con las baterías de tierra en el punto que se cree á propósito para el desembarco. Mañana cañonearemos este fuerte por tierra y por mar, y segun todas las probabilidades, lo tomaremos muy pronto.

Su posesion nos pondrá en disposicion de intentar el desembarco entre Torregorda y este fuerte, ó de ejecutar el paso á viva fuerza del rio Santi-Petri hácia su embocadura.

La primera de estas operaciones estriba en gran parte en la marina. Una vez en tierra, nuestras valientes tropas se encargarán de lo demás. Espero que esta tentativa se hará dentro de pocos dias.

Verificado el paso á viva fuerza, reuniremos nuevas bocas de fuego en frente de las baterías enemigas de la embocadura de Sancti-Petri, nos estableceremos en el fuerte de este nombre, y nuestros bergantines y cañoneras vendrán á tomar la espalda de las baterías españolas; de modo que la lengua de tierra sobre la que se cruzarían nuestros fuegos, se hará